



Museo Naval

BLAS DE LEZO, «el invicto»

El Museo Naval rescata a un marino ilustre que derrotó a la mayor fuerza naval de Inglaterra

HASTA el próximo 13 de enero, el Museo Naval de Madrid suma a su habitual oferta cultural la exposición *Blas de Lezo. El valor de mediobombre*, dedicada a uno de los marinos más sobresalientes y desconocidos de la historia de la Armada española y, por ende, de España. El propio Lezo da la bienvenida a los visitantes desde un cuadro tan poco divulgado como su propia figura.

El retrato en cuestión es una de las 80 piezas que dan vida a la muestra y proceden del patrimonio de la Armada, diez museos, archivos e instituciones españolas —El Prado, la Biblioteca Nacional o el Real Jardín Botánico—; el Museo Colonial de Bogotá (Colombia) y dos colecciones particulares.

TENIENTE GENERAL Y HÉROE ADMIRADO

Ese primer retrato, cartel de la exposición, forma parte de una de esas colaboraciones privadas. En concreto, «es una aportación de la condesa de Revilla-Gigedo, descendiente directa de nuestro protagonista, y ha servido para recrear el uniforme de teniente general de la Armada, que se expone más adelante en la muestra», explica Mariela Beltrán, comisaria de la misma junto con Carolina Aguado. Ambas destacan la figura de Lezo, su vida y su trayectoria de compromiso con la Armada y con su rey.



Izquierda, retrato de Lezo con uniforme de teniente general, siglo XVIII. Arriba, recreación del *Combate de una fragata española contra el navío inglés Stanhope*, buque al que venció en Rochefort el marino guipuzcoano. La tradición le atribuye la espada de oficial —detalle de la empuñadura— situada bajo la escena naval. En la misma columna, proyectil de cañón, sierra de amputar y extractor de balas, como los que cambiaron la vida de nuestro protagonista. Abajo, herramientas usadas en la construcción naval de la época y, sobre estas líneas, visión parcial de la muestra, en la que se puede ver al propio Lezo en primer plano y, al fondo, a Felipe V y su esposa Isabel.



Con 6 navíos de guerra y no más de 3.200 hombres venció a una flota 8 veces mayor en buques y 10 en soldados

Espacio dedicado al principal hecho de armas del marino de Pasajes, con un cañón como los que usó en la plaza americana para su defensa.

Beltrán y Aguado aseguran que «fue un hombre realmente notable, marino y estratega sobresaliente, invicto, leal... un verdadero funcionario al servicio del Estado por encima de sus intereses».

«Un ejemplo para todos, en especial, para los más jóvenes, por su fortaleza y perseverancia», añaden después de investigar su figura en los últimos tres años.

HOMBRE DE ACCIÓN

Para ilustrar desde el primer momento la capacidad del personaje de asumir con flexibilidad situaciones límite y sobreponerse a ellas, es decir, «de resiliencia», Beltrán y Aguado sitúan junto al citado retrato y a unas pinceladas biográficas [nació en Pasajes de San Pedro (San Sebastián, Guipúzcoa) en 1689, ingresó con 15 años en la Marina...] una espada reglamentaria de su época, utensilios quirúrgicos y un proyectil de cañón.

La primera pieza alude a su profesión de marino y su pertenencia al Cuerpo de oficiales de guerra, las siguientes hablan de sus primeros hechos de armas y de su afán de superar las adversidades.

En 1704, en plena Guerra de Sucesión (1701-1713) y en el mismo año de

su incorporación a la Armada, perdió su pierna izquierda en la batalla de Vélez-Málaga.

Lejos de abandonar o retirarse a destinos más resguardados, Lezo volvió a las armas. Tres años después la esquirla de una bala le privó de su ojo izquierdo y pasados otros siete, en 1714, durante el segundo sitio de Barcelona su brazo derecho quedó inutilizado.

Contaba sólo con 25 años de edad y el alias de *mediobombre* por los gajes de su oficio, pero, desde hacía dos, ya era capitán de navío.

UNA VIDA PARALELA A LA HISTORIA

En el umbral del cuarto de siglo, la existencia de Lezo había corrido paralela a la trayectoria de las primeras décadas de la España del XVIII, marcada por la Guerra de Sucesión —conflicto durante el que se había forjado como militar— y el triunfo del candidato francés, Felipe V. Y seguirá así hasta su fallecimiento en 1741.

Por eso, las comisarias amplían el discurso de la muestra y en los siguientes bloques presentan la citada contienda por el trono hispano a la muerte

de Carlos II *el hechizado* y «El resurgir de la Armada en el siglo XVIII».

En este punto, la construcción naval es la gran protagonista de la exposición junto a alguno de sus principales impulsores, como José Patiño, quien desempeñó, entre otros, los cargos de secretario de Estado y ministro de Marina.

REFORMAS EN LA ARMADA

«Patiño —recuerdan Beltrán y Aguado— impulsó la creación de arsenales para la construcción de los buques de la Real Armada y de normas unificadoras que rigieran la misma».

«En este momento —aclaran—, se pasó de una fabricación artesanal a otra más estructurada». Herramientas y manuales enseñan al visitante esa evolución. Entre éstos últimos, sobresale una obra del marino Gaztañeta, referencia obligatoria de la construcción naval del XVIII, y otro texto anónimo de la Biblioteca del Museo Naval que se expone por primera vez (ver RED n. 273).

En esos navíos de «nueva planta», Blas de Lezo volvió a defender los intereses de España. Esta vez, en el Mar del Sur, al que hoy conocemos como Océano



Hélène Gicquel

Arriba, *Ataque británico a Bocachica* (Cartagena de Indias). A la derecha, relieve de modelo que ayuda a explicar las reformas en la construcción naval del reinado de Felipe V.



Recreación del uniforme de teniente general de Lezo basado en el cuadro que abre la exposición, cedido por la condesa de Revilla-Gigedo.

Pacífico. Allí desempeñó un papel destacado en la lucha contra la piratería en las costas de Chile y Perú en defensa de los vitales intereses comerciales hispanos, como el «galeón *Manila*».

El enfrentamiento con el I marqués de Castelfuerte, virrey de Perú, por su falta de rigor en el gobierno castigó a Lezo con, entre otros pesares, el impago de su salario durante una década, y, quizás, con el único desaliento que se permitió. Llegó a solicitar su baja en la Armada y regresar a la Península, indican Beltrán y Aguado.

LA POLÍTICA EXTERIOR

En vez de aceptar su retiro, el ya citado Patiño le ofreció el mando de la Escuadra del Mediterráneo puesta en marcha para recuperar los territorios perdidos por el Tratado de Utrecht, que había cerrado la Guerra de Secesión, y uno de los pilares de la política exterior de Felipe V.

Aquí las «vidas» de Lezo, Felipe V y España se tocan de nuevo. Participó en las expediciones de Génova y Orán, y, adscrito al Departamento de Cádiz, en 1734, ascendió a teniente general.

Utrecht también abrió una brecha en el comercio americano con las concesiones

del «navío de permiso» y el «asiento de negros», a lo que se unió el mal uso de ambas por parte de los países beneficiarios.

En 1736, Blas de Lezo fue enviado a Cartagena de Indias (Colombia) para no perder la *llave de las Indias*, donde «sí se le considera un héroe y a quien se le reconoce por la defensa de la ciudad en 1741», apuntan Beltrán y Aguado.

DESTINO: OLVIDO VS. GLORIA

Las cifras de la acción hablan solas de la capacidad, voluntad y decisión de Lezo de defender Cartagena. El guipuzcoano contaba con seis navíos de guerra y no más de 3.200 hombres —muchos, combatientes no profesionales— y hacía frente a la flota del almirante británico Vernon —«un viejo conocido» desde sus primeros hechos de armas—, que multiplicaba por más de ocho el número de sus navíos y por casi diez el de los hombres.

Pero su «determinación ganó, y Lezo infligió a Inglaterra la mayor derrota naval de su historia. Aún hoy —dicen las comisarias— la Enciclopedia británica no recoge el enfrentamiento».

Falleció al poco de la victoria sólo derrotado por la peste, pero lejos de reco-

ger sus merecidos laureles. Se los negó la rivalidad del virrey de Nueva Granada. Hubieron de pasar dos décadas para que se hiciera justicia en la persona de su hijo, quien recibió el marquesado de Ovieco.

Por eso y después de tres años de trabajo, Aguado elige entre los 80 fondos de la muestra la lauda de Lezo: «la encargó su hijo, es de una de las pocas piezas que guardan vinculación con él, y refleja el esfuerzo hecho para que todas estén aquí».

«Además, es el primer reconocimiento de los méritos de Lezo, de su condición de héroe y lo más cerca que podemos estar de su tumba, hoy perdida», añade.

«UNIFORME GRANDE»

Beltrán, por su parte, se queda con la reproducción del uniforme de Lezo, «la única pieza no original del XVIII, pero cuya confección ha sido fruto de una minuciosa investigación. El diseño del patrón se basa en el modelo original del Archivo General de Indias, los bordados en retratos de tenientes generales de la época... y, es el primer modelo de *uniforme grande* exhibido en un museo».

Esther P. Martínez
Fotos: Hélène Gicquel